

LA ACERA DEL LOUVRE X

Por Luir Bay Sevilla.

D.M. marzo 6/947 ✓

RESULTA difícil escribir sobre la Acera del Louvre, sin dejar de repetir lo que otras plumas más brillantes que la mía, han expresado en diversas oportunidades. Y, sin embargo, como cuento para redactar este trabajo con la colaboración del acucioso investigador, mi querido amigo Arturo Lavín, me anima la esperanza de que podré redactar algunas cuartillas, reseñando hechos y cosas, que constituyen temas de gran interés para cuantos les agrada conocer nuestro pasado, ya que algunos de los hechos que he de comentar no sólo son desconocidos para la nueva generación, sino también para muchas personas que peinan actualmente canas, pues se remontan a años anteriores al 1840, época ésta en que, donde vemos actualmente el Hotel Inglaterra, sólo existían dos casitas, una de mayor puntal que la otra, y ambas con cubiertas de tejas de tipo español.

En aquellos lejanos días, no existía todavía el Parque Central, contando aquel lugar con tres pequeñas plazas, distribuidas del siguiente modo: una en el frente del Teatro de Tacón, que tenía en su centro la estatua en bronce de la reina Isabel II, estatua ésta que fué emplazada muy próxima al citado teatro el día 19 de noviembre de 1840; otra que tenía en su centro la Fuente de Neptuno y se desarrollaba junto a la Bodega de Alonso, frente a las calles de Prado, Neptuno y San Miguel; y la tercera, que estaba emplazada entre las dos ya citadas teniendo en su centro la pequeña Fuente que existe actualmente en la Plaza de la Fraternidad, frente al Palacio de Aldama.

La Acera del Louvre, puede así afirmarse, cubre una época muy interesante de aquel hermoso pasado de Cuba, en que cada mente cubana abrigaba en su cerebro el ideal de la Patria Libre y el anhelo vivísimo de verla emancipada del yugo colonial.

o o o

La Acera del Louvre, en su época primera que se inicia en 1868 y termina en el año 1895, al comenzar la guerra que nos hizo libres, era un lugar donde se reunían distintos grupos de personas decentes, de ideas, gustos y aficiones diferentes. Y, entre esos grupos, se destacó siempre el que por antonomasia denominaron primero Tacos del Louvre y más tarde Muchachos de la Acera. En efecto, muchachada loca, divertida y refidora, a la que comparó acertadamente en una ocasión el gran tribuno Ldo. Mario García Kolhy como la famosa juventud dorada de cierto Rey de Francia cuyo nombre no viene al caso en este momento.

En los primeros tiempos, estos tacos o muchachos, se reunían en el café El Louvre y en su acera, Prado esquina a San Rafael. Años después, las reuniones llegaban a los Helados de París y Hotel Telégrafo. Y en los últimos tiempos de la colonia, la Acera se extendía desde este último lugar hasta la esquina de San Miguel, siendo éste el sitio donde solían reunirse algunas personas, viciosas y de moralidad poco recomendable, con quienes no mantenían relaciones de amistad los jóvenes que frecuentaban el tramo de San

Rafael hasta el Hotel Telégrafo. En este aspecto, existió en todas las épocas un instintivo exclusivismo, principalmente en los primeros tiempos, es decir, antes del año 1895. Ciertamente que iban muchos a la Acera del Louvre, pero eran muy pocos los que verdaderamente formaban parte del grupo de muchachos.

Refiriéndonos históricamente a los edificios, podemos decir que en la esquina de San Miguel y Prado, existió un «Correccional de esclavos», que en el año 1829 se le trasladó al lugar que ocupó después el Teatro de Tacón. En el año 1830 se levantó en la esquina de San Miguel, donde se encontraba esa dependencia, un edificio que ocupó durante algunos años el café El Angel, casa que cerró sus puertas en el año 1855.

El día 7 de julio de 1836 se concedieron a don Francisco Marty y Torrens 5,677 varas cuadradas de terreno a censo redimible, parte del que ocupara durante algunos años el Jardín Botánico, tasándose el valor del terreno a razón de catorce reales la vara cuadrada, dándosele con la condición ineludible de que debía levantar en él inmediatamente un teatro. Y de acuerdo con esa condicional, dió Marty comienzo en seguida a las obras, que avanzaron con tal rapidez que en la noche del 15 de abril de 1838, Domingo de Resurrección y víspera precisamente del día en que cesaba el general Tacón en el mando de Cuba, era inau-

gurado el teatro, con la comedia en cinco actos del autor francés Scribe, traducida al castellano por Mariano de Lara y titulada «Don Juan de Austria» o «La Vocación», ofreciéndose además unas preciosas Boleras, desempeñadas por doña Reyes Valencian, que se presentaba por primera vez ante el público de La Habana, iniciándose la función, según la costumbre de entonces, a las siete y media de la noche.

En los primeros tiempos de inaugurado el Teatro de Tacón los caballeros ocupaban las lunetas. Las señoras se sentaron por primera vez en ellas a partir del día 4 de marzo de 1849 en una función de los funambulistas cubanos hermanos Ravales y en virtud de una campaña que hicieron en ese sentido los cronistas teatrales de la época.

El día 1 de junio de 1855 se cambió el asiento de madera que tenían las lunetas por otro de rejilla.

En el año 1839 adquirió don Pancho Marty, también a censo redimible, las 500 varas cuadradas que completaban la manzana, prolongando entonces su propiedad hasta la calle de San José.

Como las obras del teatro, a pesar de haber sido inaugurado, no estaban totalmente terminadas, decidió Marty alquilar la parte del vestíbulo, que años des-



2

pués ocupó el Café de Brunet, a un pres-
tidigitador de nacionalidad alemana nom-
brado Horz Blitz, para que ofreciera allí
algunas funciones, en tanto se termina-
ban las obras, iniciando de nuevo el tea-
tro sus actividades en la noche del 28 de
febrero de 1838, al celebrarse el primero
de los seis bailes de Carnaval que allí se
celebrarian en dicho año.

El domingo 15 de abril del propio año
se celebró allí una función llevando de
nuevo a escena el drama «Don Juan de
Austria».

En los finales del año 1836 comenzaron
a construirse edificios residenciales en la
cuadra limitada por las calles de San Ra-
fael y Neptuno que en la actualidad se
conoce por la Acera del Louvre, siendo
las primeras de ellas, dos casitas de una
sola planta y de puntales diferentes, con
techos de tejas, que fueron demolidas a
mediados del año 1841 para construir en
el solar el edificio de dos plantas que
ocupó durante muchos años el Café de
Escauriza. Ya el terreno por aquellos al-
rededores había subido de valor, pues el
nuevo propietario tuvo que pagarlo a ra-
zón de 25 pesos la vara cuadrada.

Construido sin portales el edificio que
ocupó el Café Escauriza, como todas las
casas de esa misma cuadra, la primera
noticia que tenemos de este estableci-
miento fué el célebre incidente conocido
por «La batalla de ponche de leche», pro-
vocada por los jóvenes que concurrían a
los bailes de Carnaval que se celebraban
en El Escauriza y también al Gimnasio
con sala de armas y equitación, que ha-
bía establecido don Domingo del Monte,
asociado a otros amigos, en la calle de
Consulado esquina a Virtudes.

Este incidente, que se desarrolló en la
noche del 20 de febrero de 1844, Do-
mingo de Carnaval, fué provocado por
un grupo de jóvenes que se negó a aban-
donar a las 11 de la noche el salón de
baile del café Escauriza, según se dispo-
nía en el Bando dictado por el Capitán
General, para favorecer a don Pancho
Marty, pues a éste, que era propietario
del Teatro de Tacón, le había sido con-
cedido, a cambio de cierto pago munici-
pal, el privilegio exclusivo durante 25
años, de ofrecer en su teatro seis bailes
de Carnaval, y para asegurarle mejores
utilidades, se prohibió en el año 1844
que pudiese celebrarse bailes de ese gé-
nero en los salones o cafés que estuviesen
situados en las inmediaciones del Teatro
de Tacón. Debían éstos, por lo tanto, de
acuerdo con lo dispuesto en el «Bando de
Buen Gobierno» promulgado por el Go-
bernador General, cerrar sus puertas a las
11 de la noche. Y aquel Domingo de Car-
naval, primero en que estaba en vigor tan
abusiva orden, los concurrentes al Café
Escauriza se declararon en rebeldía, es
decir, se negaron a desalojar el esta-
blecimiento a la hora indicada, alegan-
do, a nuestro juicio con toda razón, que
tomar café o ponche no era precisamen-
te hacer competencia, ni menos restarle
concurrencia al baile de máscaras del
Teatro de Tacón, desobedeciendo firme-
mente al regidor don Félix Ignacio Aran-
go que presidía aquella noche dicho bai-

le y que acompañado de un piquete de
tropa y de varios comisarios y salvaguar-
dias, ordenaba al propietario el cierre in-
mediato del establecimiento. Pero, viendo
Arango el aspecto de gravedad que to-
maba el asunto, pues ninguno de los allí
reunidos desalojaba el café, para evitar
un escándalo mayor, se retiró de aquel
lugar y el Café Escauriza permaneció
abierto toda la noche.

Pero he aquí que al enterarse de lo
ocurrido el gobernador y capitán general
don Leopoldo O'Donnell, ordenó el arres-
to del regidor Arango y dispuso a la vez
que el martes siguiente, día de Carnaval,
o sea dos días después de este suceso, el
teniente de alcalde tercero don Fernan-
do O'Reilly, a quien correspondía presidir
el baile de Tacón de aquella noche, lle-
vara a cabo el cierre del Escauriza a las
11 de la noche, por lo que el propio
O'Reilly, a la hora indicada, trató de
dar cumplimiento a la orden de O'Don-
nell, haciéndose al efecto acompañar de
tal cantidad de fuerza pública, que aque-
llo más que para el cierre de un café, pa-
recía la toma de una plaza bien defen-
dida. El público que estaba en el café
al verlo llegar protestó ruidosamente, y el
que estaba en el exterior comenzó a gritar
y silbar desafortadamente, lo que enco-
lezó de tal modo a O'Reilly que ordenó
el arresto de cinco de los jóvenes protes-
tantes, en tanto que uno del grupo, indigna-
do por lo que estaba ocurriendo, lanzó
sobre el funcionario municipal el vaso de
ponche caliente que estaba tomando, de-
jándole el traje negro que vestía total-

mente manchado de leche. El escándalo
crecía cada vez más, de modo tal, que
obligó al gobernador O'Donnell a tomar
una acción personal, y al efecto, montan-
do en su caballo y seguido de una nu-
merosa escolta de lanceros, se personó en
el lugar de los sucesos, atropellando sal-
vajemente al público allí agrupado y de-
rribando las mesillas con refrescos que
se habían establecido por los alrededores
del Escauriza, logrando, como era natural
que así ocurriera, imponer el orden. Los
«tacos de la acera», con su inagotable
buen humor, calificaron jocosamente
aquella refriega con el nombre de «La
batalla de ponche de leche», que fué ga-
ganada sin dispararse un solo tiro, pues
O'Donnell logró cerrar aquella noche el
Café de Escauriza, entregando a la Co-
misión Militar a los cinco jóvenes acusa-
dos, tres de los cuales se apellidaban
Consuegra, Charun y Torres, los que fue-
ron recluidos en el castillo del Príncipe,
hasta el día 29 del propio mes que sa-
lieron deportados para España, a bordo
de la fragata «Carmen».

o o o

Los años fueron transcurriendo, y allá
por el 1859 a más del «Café, billares,
dulcería y confitería de don José Brunet»,
establecido en lo que era vestíbulo del
Teatro de Tacón, existían por aquellos

alrededores el «Café, billares, baños y dulcería de Escauriza», que ocupaba la casa marcada con el número 126; contiguo a ella, o sea en la 124, estaba el Hotel Le-grand», encontrándose en la 122 el «Hotel y restaurant de don Bernard Douce». Las casas 118 y 120 se encontraban habitadas por familias, y en la 116 existían dos comercios, uno el almacén de azúcar al por mayor y menor del que era propietario don José Y. Echeverría, y la carpintería de Narciso Pochos el otro, industria que más tarde se transformó en «Billares y carpintería de Nadal», siguiéndola la casa marcada con el número 114, donde estaba la chocolatería «La Bayonera», situada en la esquina de la calle de San Miguel, ocupando la 114 y medio, un puesto de frutas de la propiedad de Ramón González. La Bodega de Alonso, de que hablamos la semana anterior, tenía también el número 114.

o o o

El café de Escauriza se encuentra muy ligado a la historia de la Acera del Louvre, pues allí se desarrollaron infinidad de sucesos, en los que principalmente intervinieron «los muchachos», asiduos concurrentes a aquel simpático lugar.

Durante los años de 1859 al 59, se ofrecieron en sus salones exhibiciones y bailes públicos, y según hemos tenido ocasión de leer, el 26 de marzo de 1853, se inauguró allí una muy notable exhibición de figuras de cera. También, según también hemos leído en la prensa de la época, el 15 de julio de 1862, se celebró allí, con el nombre de «Nuevo Colón», un baile que resultó animadísimo. El 30 de octubre de ese mismo año, se estableció en él un gabinete de lectura donde, según se anunciaba, encontrarían los concurrentes todos los periódicos diarios y semanales de La Habana, algunos de ciudades y pueblos del interior, y varios más de los que se editaban en Londres, Francia, Estados Unidos y España. Allí se estableció simultáneamente con el «gabinete de lectura», un «Libro de avisos», que a todas horas estaría a la disposición del público, bien para concertar alguna cita, o para enviar recados o noticias a personas que residieran en la capital.

En el mes de noviembre de 1862, se exhibió en el Escauriza un gigante de 25 años de edad, nativo de Suez, en la Arabia feliz, hombre cuyo peso era de 425 libras, con una estatura de poco más de ocho pies y de muy desarrollada musculatura.

También allí, el 19 de noviembre de 1863 se celebró un gran Bazar o fiesta de caridad en favor de la Asociación de Beneficencia Domiciliaria, de la que era presidenta la Condesa de O'Reilly.

El 22 de agosto de 1863 falleció el propietario de este establecimiento, don Juan de Escauriza y Lástra. Sus herederos al mes siguiente, vendieron la casa a don Joaquín Payret, quien en el acto le puso el nombre de «El Louvre» al café y restaurant que funcionaba en la planta baja, manteniendo el de «Escauriza» a los salones de la planta alta, donde continuaron ofreciéndose grandes bailes.

Y es desde esta fecha que comenzaron aquellos «muchachos», algunos de muy buenas familias, a conocerse con el nombre de «Tacos del Louvre». Algunos de ellos tuvieron frecuentes incidentes de carácter político con las autoridades españolas de la época, uno de los cuales fué el que se desarrolló en la noche del 19 de abril de 1866, con motivo de celebrarse en el Teatro de Tacón una función benéfica en favor de la viuda y de los hijos del malogrado hombre de ciencias doctor Ramón Zambrana, que fué uno de los cubanos más instruidos de su época.

El origen del incidente fué la rechifla que dos días antes y en el propio Teatro de Tacón se le diera al tenor catalán José Boy, cantante mediocre que tuvo la osadía de cantar allí la ópera «Hernani». Y como el genio del mal ladra en mil formas cuando no puede morder, parece, según las crónicas de la época, que algún amigo del artista lanzó la idea de que por ser catalán lo habían chiflado, originando esta melóvola versión, que un grupo de exaltados españoles acudiera a aquel teatro la noche del 19 dispuesto a silbar a los artistas cubanos que tomarían parte en la función benéfica en favor de la familia de Zambrana. Y en efecto,

cuando la señorita Adela Robreño leía unos versos, resonaron algunos chiflidos en la galería alta, que lograron apagar los aplausos del público de lunetas y palcos, pero cuando después el joven poeta Alfredo Torroella hizo su aparición en la escena, toda aquella gentuza, agrupada en las localidades altas, comenzó a silbarle, de modo tal, que los aplausos del público serio no pudieron, como había ocurrido con la señorita Robreño, apagar los silbidos, teniendo al cabo que retirarse Torroella sin poder cumplir la parte que tenía en el programa. Aquellos salvajes creyeron vengar de ese modo la rechifla propinada, por ser muy mal cantante, al tenor José Boy.

Y, como el escándalo dentro del teatro fué mayúsculo, intervino la fuerza pública arrestando solamente a un grupo de jóvenes cubanos, unos dentro del teatro y otros cuando descansaban en sus domicilios en horas de la madrugada, figurando entre ellos, Cándido y Manuel Rodríguez, Miguel Andux, Nicolás Sarachaga, Juan y Luis Montaño, Manuel Suárez y Angel Criado, a quienes acusaron de «locos del Louvre» y de pertenecer a una sociedad secreta nombrada «tacos del Louvre».

Este fué, indudablemente, el primer incidente político, entre los tantos que surgieron después, entre los jóvenes cubanos de la Acera del Louvre y las autoridades militares españolas de la colonia.

En la próxima semana terminaremos esta narración de la «Acera del Louvre», citando varios nombres de los primeros «tacos de la Acera», y de los que allí concurrían después de terminada la Guerra de Independencia, con la cita de algunos sucesos y anécdotas allí ocurridos, muchos de ellos poco conocidos o ignorados por la actual generación.

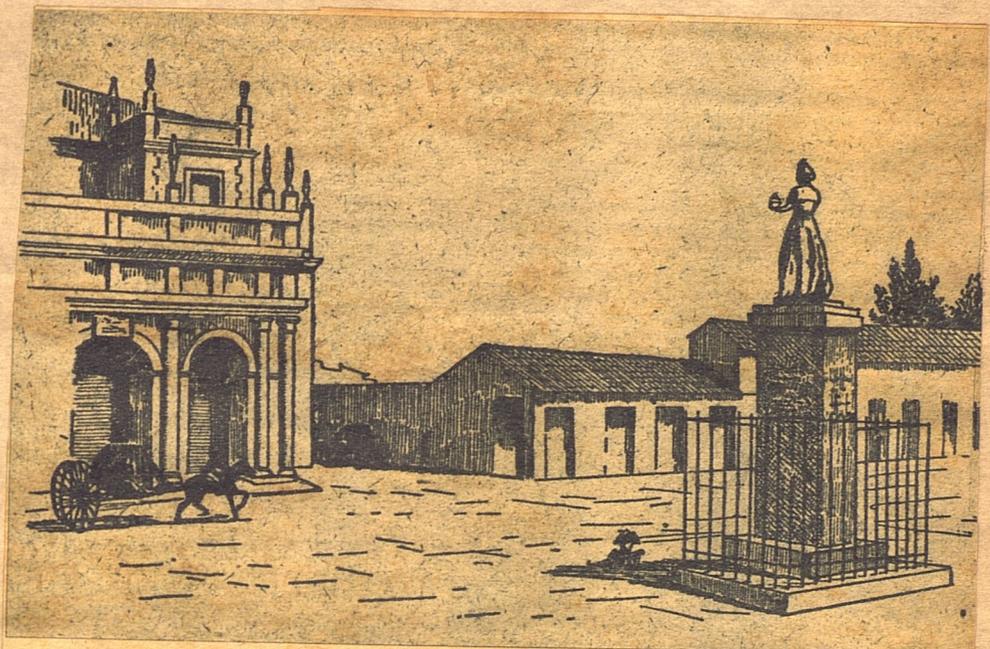
*Recopilado
Neyra
Española*

M. Manzo 6/14

TRIMONIO DOCUMENTAL
HISTORIADOR DE LA HABANA



El Parque Central en el año 1888. Venen al fondo, de izquierda a derecha, el café «El Louvre»; el «Hotel Inglaterra»; el «El Cosmopolita», sin la enseña final; el «Hotel del salón y barbería «El Louvre»; ocupando la institución que se denominaba «El Pilar de señor G. España, siguiéndole el edificio que se destaca, ampliamente, una casa de dos plantas estaba instalada la Bodega de Alonso, en el de tres plantas que existe en la actualidad. Al fondo, a la izquierda, se ve el edificio del «Cosmopolitan», que después fue sólo «Washington»; los «Helados de París»; la planta alta de la casa contigua, una «Zaragoza», que era dirigida por el señor por el «Hotel Telégrafo». Al fondo, se ven diez huecos de puertas, donde solar se levantó después el edificio de la arquina de Prado y Neptuno.



En este magnífico grabado, cuya antigüedad es anterior al año 1841, vemos el costado del Teatro de Tacón que da a la calle de San Rafael, destacándose en la esquina opuesta las dos casas de techos de tejas y de puntales diferentes, construidas posiblemente entre los años 1831 al 34, que fueron derribadas en el año 1841 para construir el edificio donde quedó establecido el «Café Escauriza». En primer término, se destaca la estatua de la Reina Isabel II, allí colocada el día 19 de noviembre de 1840.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES



El Teatro de Tacón y el edificio que ocupaba el «Café Escauriza». En primer término, a la izquierda, la estatua de la Reina Isabel II. Es un grabado en acero poco conocido, que aparece publicado en el «Directorio de Artes, Comercio e Industrias de La Habana», impreso en el año 1868, en la litografía de T. Cuesta, que estaba situada en O'Reilly 113, y por la Librería de A. Graupera, establecida en aquellos días en Obispo número 113.

(El grabado está inventado)